

los viese desnudos. Vuelto á su casa, guardaban por veinticuatro horas perfecta clausura, ocupándose únicamente en dejar listas las armas y los instrumentos de que se habian de servir. En los nudos de las redes acomodaban, pendientes de cuerdas delgadas, uñas de leones, tigres, osos y otros rapantes, colgando en los intermedios muchas piedras azules. Los omisos en este punto eran sin dispensa excluidos de la partida. Si la caza no era abundante, se atribuía á la falta de alguno en los ayunos ó ceremonias tradicionales: ocurrían en tales ocasiones á la presencia del dios, oculto en la espesura de algun bosque, y procuraban desenojarlo con perfumes, bailes y escogidos cantares.

Esta costumbre duró mucho tiempo hasta que la extirpó Fr. Luis. La víspera de un día de caza los sorprendió en el momento de hacer sus preparativos: recogió las redes, quitó de ellas las uñas y las piedras azules, rompió los ídolos y se burló de los cazadores, riendo por sus inútiles observancias: los obligó sin embargo á montar en el día señalado, y habiéndose hecho numerosísimas presas de venados, liebres, etc., como pocas iguales recordaban, comprendió la multitud que ninguna intervencion tenían las uñas ni los dioses aquellos en el efecto de la caza. Fr. Luis murió en 1611.

6.—La supersticion arraigada de Santa Cruz, dió origen á un nuevo pueblo. Anteriormente á la conquista no existía Zimatlan. Despues que el Sr. Alburquerque trabajó con diligencia en extirpar la magia de Santa Cruz, en que casi todos los indios eran brujos, no lográndose tal objeto por las exhortaciones y los ruegos, se pensó en dar al pueblo otro aplazamiento, trasladando á los vecinos á lugar más frecuentado por los españoles, pues el terreno de Santa Cruz es quebrado é inculto, y ofrece cierto aspecto salvaje favorable á las prácticas supersticiosas tan en uso. Se fundó, pues, el pueblo de Zimatlan, en el centro del valle, co-

mo lo indica su nombre. El único inconveniente que se notó fué la falta de agua, que hacia padecer notablemente á los vecinos: por lo que se pensó llevarla de Santa Inés del monte, como en efecto se consiguió, fabricándose un insigne y solidísimo acueducto, que caminaba debajo de tierra por más de dos leguas. Con el trascurso del tiempo y por la incuria de los indios, se azolvó en términos no solo de no servir, sino de quedar olvidada y desconocida su existencia. Un siglo despues se comenzó la fábrica del templo, en cuya construccion se pulsaban gravísimas dificultades por falta de agua. La necesidad despertó los recuerdos de algunos ancianos que dieron noticia del acueducto. Se buscó entónces, se halló en perfecto estado de conservacion y volvió á servir; mas despues fué nuevamente olvidado hasta hoy.

7.—Fr. Juan de Mata fué á quien se debió la primera fábrica de este acueducto por 1570 á 1580. Era este religioso dominico, español, de buenos talentos, que quiso emplear en beneficio de los indios. Hizo sus estudios en la Universidad de Salamanca, en donde recibió los grados de bachiller y licenciado y poco despues el sacerdocio. El deseo de predicar el Evangelio á los infieles lo llevó al convento de San Estéban de la misma ciudad de Salamanca, en donde profesó. De Salamanca pasó á México y de esta ciudad á Oaxaca, por mandato de los superiores. Aprendió con perfeccion el idioma zapoteca y fué destinado al ministerio de Tlacoahuaya y de Zimatlan. Su aspecto era penitente, su semblante dulce, su hablar escaso y discreto: la disciplina, severa todavía en aquel tiempo, de los regulares, no encontró en este fraile tacha alguna; pero el mismo tenía suficiente autoridad entre los suyos para desempeñar dos comisiones delicadas que le confió la provincia. La una fué de corregir á Fr. Andrés de Ubilla, y la otra de notificar su deposicion del cargo de vicario provincial á Fr. Juan

de Córdoba. Como los religiosos dominicos realizaron obras grandes sin disputa en Oaxaca, conviene referir este último hecho para que se vea cómo y en qué tiempo comenzó á mitigarse la austeridad de los antiguos frailes.

Juan de Córdoba era andaluz y de noble cuna. Después de estudiar latinidad se consagró al ejercicio de las armas, militando en Flandes bajo las banderas de Carlos V, en calidad de alférez: en el sitio de Viena dió bastantes muestras de esfuerzo y bizarría. El emperador lo mandó á México con alguna comision, cumplida la cual, y teniendo ya cuarenta años de edad, se resolvió á tomar el hábito de la religion, estudió de nuevo latin, filosofía y teología. Después de ordenado sacerdote fué destinado á Oaxaca. Aquí, como hombre de mundo, fogueado en las batallas de las pasiones, lo buscaban los más grandes pecadores, seguros de que sus maldades no causarían asombro al que ántes de ser fraile habia sido soldado. Tenia más de cincuenta años cuando emprendió el estudio del zapoteca, que adquirió con perfeccion, escribiendo un vocabulario y un arte de este idioma que se imprimieron en México. Fué definidor y procurador de su Orden en España y Roma, y en 1568, vicario provincial.

Los primeros frailes dominicos fundadores de su Orden en Oaxaca se habian conducido con un desprendimiento extraordinario: la severidad de sus costumbres era superior á las fuerzas humanas. ¿Quién podría llegar en este punto á la altura de Lucero, Fernandez, Jordan, Guerrero y otros? Lo que estos santos sacerdotes hicieron fué admirable, pero no susceptible de general imitacion. Su austeridad fué necesaria en los principios de la predicacion del Evangelio, pero no todos disfrutaban de igual salud ni de una organizacion tan vigorosa que fuese capaz de resistir tan excesivo rigor. Los primeros frailes dormian á la intemperie, caminaban á pié y descalzos y ayunaban continuamente; pero cuando con el trascurso del tiempo se fueron levantando

conventos, el deber impedia permanecer de noche fuera de ellos á los religiosos; la salud y la decencia los obligaron á usar calzado, los vestidos fueron limpios y ménos gruesos y los ayunos se redujeron á los que sábiamente tenia prescritos la regla. Semejante cambio no era en rigor una relajacion de las antiguas costumbres, sino una prudente reduccion de las severidades extraordinarias exigida por la debilidad humana y prescrita por los estatutos religiosos. Así es que se permitian esas mitigaciones aun personas muy respetables por su saber y por su indiscutible piedad. Fr. Pedro de Feria, nombrado provincial en 1565, rehusó aceptar el cargo, "porque, dijo, que era asmático y no podia andar á pié, ni dejar de comer carne," á pesar de lo que fué obligado á ejercer el oficio, porque dijo el definitorio que "con el andar á caballo y comer carne no escandalizaba, pues todos sabian que lo necesitaba y que el oficio que le daban no le quitaba sus enfermedades, ántes se las agravaba." ¹ Aun el general de la Orden, Francisco Romeo, con autoridad de Julio III les permitió que pudiesen servirse de algun jumentillo para conducir sus libros y otros objetos en sus marchas; que se dispensasen de guardar silencio cuando estuviesen fuera del convento, y que usasen de algunas otras libertades honestas y á veces necesarias, atendidas sus circunstancias. ²

A pesar de todo, algunos suspiraban por el rigor antiguo. Córdoba entre ellos, acostumbrado desde su infancia á la disciplina militar, no podia sufrir después la menor infraccion de la ordenanza religiosa: por lo que, apénas fué electo provincial, desplegó grande actividad para la reforma de sus religiosos. Esta rigidez suma fatigó á los frailes, que se quejaron á los definidores reunidos en capítulo en Yanhuitlan el 7 de Octubre de 1570. Fr. Juan de Mata, uno de

¹ Levanto, MS. f. 59.

² Idem, MS. f. 52.

los definidores, afeó á Córdoba su severidad, mandándole moderar la aspereza de su gobierno, conminándolo con la suspension si lo hallaba incorregible. Córdoba, de pié ante sus jueces, contestó: "Fuí puesto al frente de la provincia por Vuestras Reverencias, contra mi voluntad. En el gobierno de ella he dictado las medidas que juzgué de estricto deber. Mis jueces pueden ahora disponer de mí; pues si continúo gobernando, tengo de comenzar con nuevo brío el cumplimiento exacto de mi obligacion." Fué depuesto. No todos aprobaron este hecho. El virey Enriquez intervenia ya en el asunto y hubiera repuesto las cosas en su antiguo estado; pero el provincial depuesto lo inquietó haciéndole ver las mayores ventajas que lograria obedeciendo que mandando. Tambien el general de la Orden, Serafino Cavallo, quiso enviar visitador á la provincia para averiguar si Córdoba habia recibido injuria en Yanhuitlan; mas no se llevó á cabo esta medida, por no poner en turbacion á la provincia.¹

El capítulo absolvió á todos los excomulgados y suspensos, irritando y revocando todas las censuras y preceptos que así en comun como en particular habia impuesto el provincial, mandando al nuevamente electo, Fr. Domingo de Aguiñaga, que en lo sucesivo se abstudiese de "estas cosas." Fr. Juan de Córdoba fué asignado como morador al convento de Tlacoahuaya, en donde vivió hasta su muerte.

8.—En Tlacoahuaya habian predicado el Evangelio los primeros dominicos, fabricando un convento estrecho y sombrío, siendo la causa el espíritu penitente de los que dirigieron la obra. Jordan era demasiado austero para buscar la belleza en las habitaciones. Pero, cosa rara, la mayor severidad en los ministros católicos produjo una más pronunciada tendencia en los indios á la civilizacion y á las cos-

¹ Levanto, MS. f. 6o.

tumbres europeas, pues los de Tlacoahuaya adoptaron desde el tiempo de la conquista la forma de habitaciones, el vestido y los alimentos que veian usar á los españoles. Como para sostener y conservar el mismo espíritu penitente de sus antepasados, fué destinado Córdoba al pueblo de Tlacoahuaya.

Era, segun dice Burgoa, mortificado, pobre y desinteresado en extremo. No acostumbraba tocar moneda alguna: cuando hizo viaje á España, pidió que se pagase por mano ajena el flete de la embarcacion y que en Europa se hiciesen por otra persona los gastos indispensables. Dormia y descansaba en el suelo. Viajaba, arrastrando sus calzas y pidiendo de limosna lo que necesitaba en el dia. Comia tortillas de maíz; jamás, miéntras fué religioso, probó la carne; pero ayunaba por lo ménos siete meses en el año. No por eso se excusaba de trabajar activamente en beneficio de los indios con quienes se mostraba dulce y afectuoso, teniendo muchas veces que luchar con los encomenderos, por sus abusos en el tratamiento que les daban. Esta fué la causa de la excesiva severidad de su gobierno, pues, haciéndose cargo de que vivia en un país de idólatras, que deberian convertirse á la fé católica más bien con el ejemplo de una virtud sin tacha, que con la palabra, y en compañía de unos dominadores interesados y soberbios, cuyas crueldades no podian reprimir sin el aliento que comunica la fé acrisolada en las penitencias, ante todo quiso introducir una saludable reforma entre los suyos. Cerca de cuarenta años empleó en la milicia, y veinticinco perseveró en sus penitencias en el pueblo de Tlacoahuaya, en donde murió casi de cien años de edad, siendo sepultado en San Pablo de Oaxaca.

A su muerte, el convento de Tlacoahuaya solo tenia los bajos. Se pretendió darle alguna amplitud, y se pusieron al principio del siglo XVII los cimientos de otro; mas álguien se opuso, el virey suspendió la obra, y quedó como

se ve hasta hoy. El San Gerónimo del altar mayor es del insigne Arrué. Por 1670 el vecindario se habia reducido á trescientas personas. Fr. Juan de Mata fué dos veces prior de Oaxaca, en donde murió.¹

9.—El nuevo provincial Aguiñaga habia hecho tambien dos grandes beneficios á Cuilapan. El asiento de este pueblo no era entónces el actual: se hallaba situado al pié del monte Alban, entre dos contrafuertes que hacen un pequeño valle en forma de herradura, al Oeste de Xoxo. Padecian los vecinos muchas enfermedades y falta de agua por ser el lugar seco y malsano. Para evitar ambos inconvenientes, Aguiñaga se dirigió con gran número de indios preparados con picos, cuñas y otros instrumentos necesarios, á las alturas de Peras; y en donde le pareció conveniente, mandó romper una loma, cosa que se pudo practicar brevemente y sin costa, por el gran número de operarios interesados en ella. Hay allí manantiales abundantes de buenas aguas, que todas corrian en direccion de San Felipe Tejalapam: pudo Aguiñaga encañonar una parte considerable hácia Cuilapan, cuyos terrenos quedaron bien regados desde entónces. Además, los indios, por persuasiones del mismo religioso, abandonaron su antiguo pueblo y se trasladaron á las márgenes del rio que se formó con el agua de Peras. Contentos los indios porque los aires sanos que ventilan el nuevo pueblo no les causaban las enfermedades que solian padecer en el antiguo, y teniendo terreno á propósito, se dedicaron con esmero al cultivo de los nogales y de las palmeras, de que hicieron hermosos y dilatados parques. La fresca sombra de los muchos millares de nogales, que á poco se desarrollaron corpulentos, enlazando sus ramas y formando con sus copas unidas como un inmenso pabellon, convidaba al recreo; y los oaxaqueños des-

¹ Burgoa, 2ª parte, caps. 44 y 51.

de entónces, inclinados al deleite y á la distraccion, comenzaron á frecuentar el pueblo de Cuilapan, que se convirtió en un paseo público de la ciudad. Pero como el placer de correr por los bosques de nogales no se conservó siempre limpio de toda impureza y el rio Atoyac causó además en sus avenidas considerables desgracias en los paseantes, los obispos clamaron y las autoridades prohibieron la recreacion, desapareciendo la costumbre de pasear allí.

Fué Aguiñaga quien comenzó la fábrica del convento; pero la llevó á cabo Fr. Agustin de Salazar, gallego, hijo del convento de San Estéban de Salamanca. Ingénuo y sencillo como todos los de su país, tenia singular arte para cautivarse la voluntad de los indios, quienes, por complacerlo, se ofrecian espontáneamente á trabajar en aquella grandiosa obra que causa admiracion en la actualidad. Existe una parte del convento, un templo sin concluir y otro que sirve para el culto. Las arrogantes y esbeltísimas columnas que están en pié, los atrevidos y graciosos arranques, los arcos soberbios, la inimitable perfeccion de los ajustes de las piedras de que está formado, lo delicado y primoroso de los pormenores y la grandeza sorprendente del plan general, da muy ventajosa idea del arquitecto que la dirigió, el lego portugués Antonio Barbosa. No sé quién sea más admirable, si el arquitecto que concibió tan bello edificio, tal vez sin estudios precedentes del arte, ó Salazar, que sin contar con un real en sus arcas, sin hacer violencia á los indios, con la sola suma habilidad que tenia para moverlos á su placer, terminase una obra digna de la inmortalidad. Las oficinas bajas son todas de bóveda y se conservan completas: los altos del convento tuvieron techos de cedro; caidos éstos por la injuria de los tiempos, quedan en pié los muros de cantería desafiando á los siglos. El templo llegó hasta las cornisas: no se acabó porque la Real Audiencia de México mandó suspender la obra, por causa de ser Cuilapan una de las villas del marqués. ¡Valiente

razon! El otro templo en actual servicio es muy amplio, de tres naves, y en toda la longitud de las paredes laterales se veían distribuidos muchos arcos abiertos para dar entrada á la multitud, que no cabía en el espacioso templo. Un siglo fué suficiente para que tanta muchedumbre se redujese á cuatrocientas familias que poblaban Cuilapan por 1670. Los arcos están cerrados en la actualidad. ¹

10.—Al tiempo de la conquista, Santa Ana Sagache se adjudicó á Cortés, por estar sujeto á Cuilapan que era una de sus villas. El conde de Monterey separó las doctrinas determinando que asistiesen en Santa Ana dos religiosos dominicos, uno de la lengua zapoteca y otro de la mixteca, por hablarse allí dos idiomas, como se ha dicho. Unos y otros indios, olvidados de su antigua enemistad, vivieron despues de la conquista con la mejor armonía, recogiendo igualmente los frutos de una tierra fecunda y bien regada y saboreándolos á la sombra de la paz; no acontecia lo mismo con los dueños de las estancias vecinas, cuyo ganado, invadiendo las sementeras del pueblo, las destruía, sin que valiesen reclamos y lágrimas de los infelices indios. Tantos daños recibieron, que elevaron á las autoridades sentidas quejas. El rey de España tuvo conocimiento de los agravios que recibían los indios por esta causa, y para remediarlos habia prescrito á D. Antonio de Mendoza nombrase visitadores que "oidas las partes sumariamente sin dar lugar á pleitos," hiciesen pagar los daños, sin embarazarse para ello por ninguna apelacion. Leon Romano, que habia llevado esta comision á Oaxaca, cumplió eficazmente su deber. Sordo á las representaciones y á los ruegos de los españoles, en poco tiempo dejó limpios los tres valles de yeguas y de vacas: ni lo detuvieron las apelaciones de los perjudicados por sus enérgicas medidas, ni lo intimidaron los plei-

¹ Burgoa, 2ª parte, caps. 37, 38 y 39.

tos que con tal motivo promovieron: así que, por 1551, el virey Mendoza podia dar fé de que en los valles "por ninguna vía se sufría que hubiese estancias." ¹ Leon Romano facultó á los indios de Sagache para matar sin temor á las bestias invasoras, como lo intentaron varias veces sin resultado. Un medio encontraron de lograrlo. La primera vez que invadió el ganado sus sementeras, muchos indios apostados al intento, lo fueron encaminando con arte á la mesa rodeada de precipicios que corona el pico de María Sanchez. Cuando hubieron conseguido que estuviese reunido en este lugar, con pieles, conchas y palos hicieron un grande y repentino estrépito, con que el ganado se precipitó en los barrancos, pereciendo en un momento ciento cincuenta caballos. Siguióse por esta causa un largo y costoso litigio, en que los indios al fin triunfaron. Al hablar Mendoza sobre este litigio, descubre el generoso espíritu que, en favor de los indios, animaba entónces á los vireyes, "Es, dice, tan grande el daño que los españoles han recibido, que exclaman diciendo que los he destruido, y tienen razon, porque certifico á Vuestra Señoría que es lástima, mas no conviene hacer otra cosa. Vuestra Señoría sepa que si se dispensa que haya ganados mayores, destruye los indios, y uno de los mejores pedazos de tierra que hay en la Nueva España es." Santa Ana fué pueblo grande en la antigüedad; por 1670 contaba apénas cuatrocientos casados: tenia tres pueblos sujetos, el más numeroso de veinticinco casados. ²

¹ Instrucciones á su sucesor.

² Burgoa, 2ª parte, cap. 47.